

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 17 DE ABRIL DE 1932

NÚMERO 16



Jesús aparece a dos discípulos en Emaús

Aquel mismo días dos de los discípulos iban a una aldea, situada a unos 11 kilómetros de Jerusalén, llamada Emaús. Hablaban juntos de todas las cosas que acababan de suceder.

Mientras hablaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y se puso a andar con ellos; pero una especie de fascinación impedía que sus ojos le reconocieran.

—¿Qué pláticas son éstas, les dijo; qué tenéis entre vosotros andando? ¿Por qué estáis tristes?

Uno de ellos, llamado Cleofás, le contestó:

—¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que no conoce las cosas que han sucedido estos días!

—¿Qué cosas?—les preguntó.

Lo que le pasó a Jesús de Nazaret, un

profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: cómo los jefes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para ser condenado a muerte, y lo han crucificado. Nosotros esperábamos que él era quien había de redimir a Israel, pero, con todo, ya hace tres días que estas cosas han sucedido.

Es verdad que algunas mujeres conocidas nuestras nos han dejado admirados. Habiendo ido muy de mañana al sepulcro, no han encontrado allí su cuerpo y han vuelto diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles. ¡Estos les habían dicho que está vivo! Algunos de los nuestros han ido al sepulcro y han hallado las cosas como las mujeres habían dicho. ¡Pero a El no le han visto!

—¡Oh, insensatos!—les dijo Jesús—, ¡corazones tardos en creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo sufriese todas estas cosas para entrar en la gloria?

Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó a través de toda la Escritura lo que le concernía.

Se acercaban a la aldea a donde se dirigían. Jesús hizo como que quería ir más lejos. Mas ellos le detuvieron.

—Quédate con nosotros—le decían—, se hace tarde, el día está declinando...

Entró para quedarse con ellos.

Y estando El junto con ellos en la mesa, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dió a ellos. De repente, sus ojos fueron abiertos y le reconocieron. Pero El había desaparecido de su presencia.

Entonces se dijeron el uno al otro:

—¿No ardía nuestro corazón en nosotros cuando nos hablaba en el camino, cuando nos explicaba las Escrituras?...

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, y hallaron a los Once y a sus compañeros reunidos, los cuales decían:

“¡El Señor ha resucitado! ¡Ha aparecido a Simón!” Ellos contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo le habían reconocido cuando partió el pan.

La venganza de Carmencita

(Conclusión.)

Enrique estaba radiante de alegría, pero también empezaba a avergonzarse interiormente. Este sentimiento de vergüenza aún aumentó, cuando Carmen le dió el imán, después de haber jugado un ratito, diciéndole: Ahora vamos a tener la sorpresa principal; una excursión a las Palmas en vapor. Le llevó sus muñecas de celuloide que podían nadar y algunas otras figuritas de madera, que representaban los oficiales de la tripulación del barco. En la cortina, detrás del baño, la niña fijó un cartel que decía: Las Palmas. Ella misma se escondió un ratito detrás de la cortina. Por un momento apareció su cabecita, diciendo: Ahora tenéis que salir todos juntos para las Palmas, pero muy despacio, y cuando hayáis llegado, tenéis que avisar con el pito y si yo digo: Todavía no, entonces volvéis un rato a Europa, porque yo aquí en Africa estoy preparando una cosa muy bonita. Dicho

esto, desapareció detrás de la cortina y Enrique lo fué preparando todo para la salida. Pensando en lo que la hermana le había recomendado, que anduviera muy despacio, puso en primer lugar la rana, después el cisne, luego los peces y en medio de ellos el pato; el orgulloso vapor iba el último y en el puente de mando el pequeño capitán de madera. El timón lo dirigía otro muñeco, y otro servía de señorito de compañía para las muñecas. Cuando, terminados todos los preparativos, el chico dió la señal de salida, Carmencita se figuró que ya llegaban y gritó: ¡Aún no, aún no!, y en seguida Enrique dirigió la expedición hacia atrás, con el imán. Cuando la comparsa hubo llegado a las Palmas por tercera vez, Carmen fijó en la cortina un papel que decía: Gran Café de las Palmas; delicioso recreo. ¡Todos a tierra! Levantóse la cortina y de allí atrás salía el olorillo agradable del café que la niña había preparado solita en su pequeña cocina; su mamá, además, le había regalado el bollo.

En este momento entró la madre y Enrique se echó en sus brazos diciendo: "Oh, mamá, qué bien sabe jugar la Carmen". — "¿Verdad?, ahora ya crees que las chicas saben jugar y pueden ser muy buenas compañeras, hijo mío. Y fíjate también en la noble venganza de Carmen." Desde entonces Enrique consideró a su hermana como su compañera favorita.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas. 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.— LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA Caballero de Gracia, 60, Madrid.

FABULILLA

A la salida de un túnel
en el hierro de una vía
una hormiga vanidosa
la dijo a una lagartija:

Hay seres que tratan siempre
con desdén a las hormigas,
cuando es tal nuestra importancia,
nuestro poder y valía,
que removemos la tierra
y nos buscamos la vida
sin solicitar ayudas
ni protecciones ridículas
de otros insectos mayores...

En esto la lagartija
oyendo que un tren llegaba,
la dijo con ironía:

—Oye, sepárate a un lado,
porque un tren cercano silba...
—Y qué ¿que puede aplastarme?
—No; ¡¡que descarrilaría!!

J. Rodao.

ROY

—Querido tío Enrique, cuéntenos
una historia—pedían Ramón y Juanito.

—¿Qué queréis que os cuente?—preguntó el tío.

—Alguna cosa de tu vida—exclamó Juanito.

—Cuando tú eras muchacho—añadió Ramón.

—Bueno, escuchad. Cuando era chico, mi madre me dió un día el permiso de jugar con Roy cerca del río.

—¿Era Roy tu hermano?—preguntó el muchacho.

—No, pero le gustaba jugar conmigo. Mi madre me lo permitía, y nos divertimos mucho. Después de jugar un ratito, cogí una tabla, y la dejé flotar como un barco en el agua; pero se alejó tanto de la orilla que no podía cogerla con la mano ni con el palo. Entonces llamé a Roy para traérmelo. En otras ocasiones había hecho siempre en seguida lo que yo le pedía, pero esta vez no lo hizo; le regañé y entonces se marchó. Ahora sí me enfadé de verdad. Cogí una piedra y la tiré a él, todo lo fuerte que podía. En el mismo momento, Roy volvió la cabeza y la piedra le dió justamente encima del ojo.

—¡Oh!—exclamó Juanito—. ¡Tío Enrique!

—Sí, el golpe le hizo tambalear. Roy se quejó y cayó al suelo. Pero todavía duró mi cólera. No me acerqué para ver lo que le pasaba, sino me metí dentro del agua, detrás de mi barco improvisado. Pero era más honda el agua de lo que yo pensaba. En un momento me arrastró la corriente fuerte. Llamé con todas mis fuerzas, ¡socorro! Pero no había nadie cerca de allí. Ya estaba a punto de ahogarme, cuando me sentí cogido y llevado a la orilla del río. Abriendo mis ojos vi que era Roy quien me había salvado.

—¡Oh, qué chico más bueno! ¿Era tu primo?—preguntó Ramón.

—No—contestó el tío.

—¿Qué le has dicho?—preguntó Juanito.

—Le abracé y lloré amargamente, y le pedí perdón.

—Y, ¿qué dijo?

—Entonces dijo, ¡guau, guau!

—Pero tío, ¿quién era este Roy?

—¡Era mi perro, el mejor que jamás he visto! Desde entonces nunca he vuelto a tratar mal a un perro, o a otro animal alguno y espero que vosotros tampoco lo haréis.

Doble alegría

Una pata con sus pequeñuelos estaba paseándose a orillas de un estanque.

“Estais llenos de polvo”, les dijo, “¡al agua, a limpiaros!”

“Quisiéramos”, dijeron los patitos. “El polvo nos molesta terriblemente, pero no puede ser!”

“¿No puede ser? ¿por qué no?”

“Mira, al otro lado hay un cerdo, que se burla si nos lavamos”.

“Tanto mejor, así será *doble* alegría. Teneis el placer de asearos y al mismo tiempo dais el gusto al cerdo de reirse de vosotros”.

CHISTES Y COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un músico?

—Tocar... las consecuencias.

* * *

—¿En qué se diferencian las castañas de los baules?

—En que las castañas, las asas por dentro y los baules, las asas por fuera.